INFORMACION BIBLIOGRAFICA

Emilio Silva: SEMBLANZA PERSONAL Y PENSAMIENTO FILOSOFICO

El pensamiento de inspiración cristiana es, sin duda, una de las dimensiones principales de la filosofía hispanoamericana actual. Su presencia en el mundo académico, intelectual, artístico o político del continente no ha conocido prácticamente interrupciones, y por sobre modas y espíritus imitativos ha alcanzado a configurar una línea permanente de esfuerzos que trasciende el terreno filosófico para influenciar los más diversos aspectos de la vida americana. En este panorama, la figura del Padre Emilio Silva, natural de Sarriá (España) y afincado desde hace años en Brasil, destaca con singular relieve. La reciente publicación de un *Autorretrato filosófico* (1) nos permite ofrecer una síntesis de su posición filosófica.

Nacido en 1902, Silva es Doctor en Filosofía por la Accademia Romana di S. Tomasso d'Aquino y por la Universidad brasileña de Río de Janeiro. Ha dictado cursos y desempeñado cátedras en España y Brasil, y sus estudios y artículos de carácter filosófico y religoso han sido publicados en España, EE. UU. y, sobre todo, Hispanoamerica.

Encuentro con la filosofía.

El contacto con la persona y el pensamiento de Angel Amor Ruibal, hacia fines de la década del 20, marca el punto inicial de su vocación y dedicación al quehacer filosófico. Los *problemas fundamentales de la Filosofía y el Dogma* constituirán para Silva una verdadera revelación, frente a un ambiente caracterizado por la mediocridad de perspectivas, el tedio y el desaliento. La escolástica sufría por aquel entonces las secuelas de su decadencia, arrastrada desde el siglo XVIII, en un ambiente de agnosticismo generalizado,

(1) En el volumen *Rumos da filosofia atual no Brasil. Em auto-retratos*. Comp. por el prof. Stanislaus Ladusans S. J. Sao Paulo, Ed. Loyola, 1976, págs. 171-220.

Fundación Speiro

representado por las corrientes neokantianas, idealistas, positivistas, vitalistas o pragmatistas. Un escepticismo acerca de las posibilidades de la razón humana llevaba a la negación misma de la tarea filosófica. En el campo del pensamiento cristiano, ello se reflejaba en la opinión de que sólo por un modo externo, por vía de autoridad podían los hombres alcanzar verdades, que luego la tradición se encargaría de transmitir. En vano se buscaría una figura de renombre que defendiera la tradición clásica aristotélica de una manera decidida, y lo propio ocurría con la escolástica. Si esto era evidente en Europa en general, España representaba, de alguna manera, un ámbito aislado y protegido, resistente a la penetración de las doctrinas materialistas, panteístas y agnósticas. Ya en el siglo XIX había brillado Balmes, abierto a las corrientes de la época y a los nuevos rumbos del pensamiento y, al mismo tiempo, crítico decidido de los mismos en su *Filosofía Fundamental*. La restauración escolástica impulsada por León XIII reconocería luego figuras como Kleutgen, Sanseverino, Zeferino González, etc., aunque no llegara a realizar acabadamente el proyecto papal originario. Para Silva, el rigor y la brillantez del renacimiento neotomista no alcanzaría a configurar una crítica lo suficientemente definitiva contra las corrientes modernas. Para un espíritu agudo y exigente como el suyo, se imponía aún una profundización crítica en los errores corrientes y, sobre todo, una refutación de índole auténticamente filosófica. La lectura de Menéndez y Pelayo le permitía avizorar la posibilidad y los horizontes de dicha crítica, complementada por la frecuentación de los clásicos griegos y latinos (2).

Estas preocupaciones se consolidan en una vocación definitiva a través del encuentro con Amor Ruibal. En él ve Silva la posibilidad de síntesis entre una vasta cultura moderna y una depurada criteriología filosófica fundada en la tradición, elementos ambos de toda posible revisión y formulación nueva de los problemas permanentes de la tarea filosófica. El contacto personal con el pensador gallego lleva a Silva a pensar en una tarea de esa índole, y en función de ello, a frecuentar a las grandes líneas del pensamiento contemporáneo —Hartmann, Cohen, Cassirer, Bergson, Bradley, Croce, etc.—, frente a las cuales formula la acusación de ocasionalismo

(2) Crítica, por otra parte, que constituía una vigorosa corriente en el pensamiento de la época. No debe olvidarse que en Europa y América se consolidaba la restauración católica que en Francia contaba con figuras como Jacques y Raïsa Maritain, Etienne Gilson, R. Garrigou-Lagrange, Humbert Clerissac o Georges Bernanos, y en Inglaterra, el Cardenal Newman, Francis Thompson, G. K. Chesterton o H. Belloc, entre otros muchos nombres de importancia en el orden de la filosofía, la literatura, la historia y la política.

Fundación Speiro

y desconcierto interno. Son épocas en las que nace en Silva la intención de elaborar una *Ontología,* designio aún no cumplido de abarcar las perspectivas modernas en el marco de una visión trascendente de índole metafísica. En el clima intelectual de la época, marcado por el trabajoso resurgir de la especulación filosófica en pugna con las corrientes dominantes —existencialismo y neopositivismo del Círculo de Viena—, la metafísica es para Silva una instancia de integración de lo tradicional con algunos resultados positivos de la reflexión contemporánea. Y Amor Ruibal es su influencia no sólo inicial, sino permanente hasta la actualidad.

Filosofía y realidad nacional.

Intimamente vinculado al ámbito de temas y problemas hispanoamericanos, el pensamiento de Silva no ha podido dejar de prestar atención al tema de la posibilidad de una filosofía vernácula, propia de y para Brasil. Para él, la base religosa, lingüística, artística, intelectual y política del mundo hispanoamericano está dada, indudablemente, por el sustento cristiano-ibérico originario. El siglo XIX transcurriría en cambio bajo la influencia predominante del positivismo, reinante sobre todo en el campo jurídico y de allí proyectado a las instituciones y la política, sobre todo en Brasil. Paralelamente, los ideales demoliberales provenientes del área anglosajona configuran otro de los elementos operantes en ese momento constitucional. Las consecuencias lógicas de estos ingredientes intelectuales y políticos no tardarían en manifestarse: los pueblos latinos —observa Silva—, propenden a llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias, en tanto que los anglosajones, por el contrario, mitigan las consecuencias lógicas de un sistema de ideas mediante una afirmación pragmática de los intereses por sobre cualquier otra consideración moral o jurídica, La quiebra de este equilibrio, en el caso brasileño e hispanoamericano en general, contribuye a explicar el movimiento pendular que lleva a las estructuras políticas a oscilar entre períodos dictatoriales y períodos de democracia parlamentaria. Falta inclusive una profundización filosófica de la propia identidad nacional, y cabe por ello pensar que el trabajo especulativo en Brasil debe dirigirse, en principio, al cultivo del patrimonio filosófico permanente de la humanidad, aunque acentuando, paralelamente, los estudios filosófico-jurídicos y sociales, para prevenir los efectos disolventes del positivismo y fundar así las bases para un sólido derecho político, como puntos de partida para afrontar

Fundación Speiro

las tareas que hoy desafían la capacidad de los países hispanoamericanos.

En esta tarea futura de la inteligencia brasileña no cabe para Silva el pesimismo. Brasil presenta ricas posibilidades de aporte a la cultura universal. Su vida intelectual no comienza con la Independencia, sino que es solidaria con la tradición cristiana e Hispánica. En este sentido, frente al problema de una "filosofía nacional" es posible, ciertamente, hablar de una filosofía brasileña, entendiendo por ello a una filosofía que, como tal, no puede eludir jamás los temas fundamentales que le son propios, aunque los afronte desde unas también inevitables determinaciones espacio-temporales.

La filosofía en la actualidad.

El tema de la muerte de la filosofía preocupa especialmente al padre Silva. Aún en el seno del pensamiento escolástico y de inspiración cristiana es posible escuchar voces que proponen la superación de la metafísica, en busca de una consideración puramente inmanente, en la que la antropología filosófica, la psicología o la filosofía analítica operarían como saberes sustitutivos, en el marco de una civilización volcada a un interés exclusivo por los adelantos de la ciencia y de la técnica. Para Silva esta perspectiva es totalmente insuficiente. El espíritu humano aspira a una visión trascendente de lo real, frente a la cual el criticismo, el empirismo o el neopositivismo del Círculo de Viena —expresiones significativas del espíritu antimetafísico— revelan bien pronto sus insuficiencias. Tales orientaciones ignoran el hecho de que tanto el biólogo como el químico o el matemático buscan siempre en sus investigaciones "causas", "efectos", "fórmulas fijas", factores comunes, demostracione, pruebas, evidencias, etc. Y sólo por medio de la metafísica es posible arribar al conocimiento de tales conceptos. La negación de la metafísica torna contradictoria e imposible toda posible tarea científica, al impedir el acceso a los principios de la inteligencia y de las cencias, Sin metafísica, el hombre no podría entenderse a sí mismo ni a los demás, viviría bajo los dilemas de una ética siempre provisional; la religión sería hija del tiempo; la virtud, la verdad, la justicia, etc., no pasarían de ser verdades relativas, hoy ciertas, mañana dudosas y algún día falsas. Por ello, es indispensable reconocer al espíritu humano el poder y el derecho que naturalmente le asisten para elevarse por sobre los hechos, examinarlos en profundidad, captar la razón de su armonía, inquirir las leyes que los presiden y

Fundación Speiro

constituyen; en una palabra, abrirse a una visión trascendente de la realidad, que permita al hombre descubrir el sentido auténtico del mundo y de su propia vida. Y las reflexiones de Silva en torno a la unidad orgánica objetiva de las diversas ramas del saber filosófico, sus consideraciones sobre las ciencias experimentales, la lingüística y otros saberes hoy en expansión contribuyen a perfilar en este *Autorretrato* su visión integral de la filosofía en el momento actual, a la luz del correlacionismo de Amor Ruibal.

Ateísmo moderno y filosofía.

Para Silva, el hecho del ateísmo es antiguo en la historia del pensamiento, aunque la forma multitudinaria de sus manifestaciones es innegablemente contemporánea. Ante el mismo, deben descartarse, a su juicio, las explicaciones psicologistas y sociologistas del fenómeno. Toda la etiología del ateísmo contemporáneo es susceptible de ser resumida en una sola palabra: *naturalismo*. Por sobre sus diferencias de matiz, las corrientes de ideas que coinciden en la negación de Dios —racionalismo, libre examen, empirismo, subjetivismo, marxismo, hedonismo, etc.—, parten de una afirmación absoluta de la naturaleza y la razón humanas, y de una negación de lo sobrenatural. En nuestros días, ese naturalismo reivindica para sí el nombre de *humanismo*, y en sus variadísimas formas, que van desde el cientificismo al existencialismo, desde el psicoanálisis hasta el behaviorismo o desde el evolucionismo biológico hasta el neopositivismo, el mismo implica la consagración de un clima de incredulidad, materialismo y escepticismo. Tal es el sentido de un tiempo que proclama la muerte de Dios y de la filosofía. La teología de la muerte de Dios exige, a su vez, una religión sin Dios trascendente, concebida como puro compromiso de transformación de la sociedad humana, en el marco de las modernas aglomeraciones industriales y urbanas. Pero un dato paradójico quiebra, sin embargo, la aparente necesidad fatal del diagnóstico: entre los genios del pensamiento, en cualquier aspecto de éste que se trate, no es posible encontrar ningún ateo. Expresión elocuente de las posibilidades siempre abiertas de un retorno a la genuina especulación metafísica y teológica.

¿Es posible una filosofía cristiana? Y si lo fuera ¿qué debe entenderse por tal? El *Autorretrato Filosófico* del P. Silva se cierra precisamente con la consideración de esta cuestión esencial para el pensamiento de inspiración cristiana.

Desde un punto de vista histórico, para el autor es innegable la

Fundación Speiro

existencia de una gran filosofía de orientación nítidamente cristiana, la cual, teniendo presentes las verdades dogmáticas, no sólo no enseña ni demuestra nada que se les oponga, sino que con frecuencia se coloca explícitamente en la condición de *ancilla tehologiae,* ¿Es ello posible y legítimo?

Para Silva, es evidente que el cristianismo no tiene un método propio ni un núcleo de verdades filosóficas exclusivas. Su nota peculiar y propia es la Sagrada Teología. No puede existir en la fe religiosa de un pensador una incompatibilidad con la actividad filosófica, desde que su tarea en este sentido procede racionalmente, y no pretende sustituir la evidencia racional intrínseca de sus proposiciones por pruebas de carácter teológico. ¿Acaso podría afirmarse que todo filósofo precede su quehacer específico de un acto de abjuración de su fe religiosa? Evidentemente, no.

La filosofía es una actividad originaria, intrínseca y connatural a nuestras facultades intelectuales. El pensar teológico es lógicamente posterior y se sustenta *ab extrínseco* en determinados elementos, que son factores o verdades sobrenaturales, que advienen externamente al hombre, y que son asumidos y asimilados a través de las mismas facultades cognoscitivas, de acuerdo a las leyes naturales del intelecto. La existencia de una fe religiosa es, en el filósofo, perfectamente compatible con el libre y genuino ejercicio de su tarea propia. El pensador cristiano puede, sin duda, recibir sugestiones e impulsos de parte de las verdades de su fe religiosa; puede también, estimulado por esas verdades, "prolongar la filosofía racional" —como dice Fabro— en los puntos más arduos, como son los del origen y fin último de los seres, el origen de la vida o el destino de las almas humanas individuales. Pero ello en manera alguna afecta a la libertad del pensamiento filosófico. Nuevamente encuentra Silva una expresión clarificadora en el magisterio de Amor Ruibal: el elemento sobrenatural, en cuanto es *medio* necesario para un *fin* que está muy por encima de la naturaleza es, sin duda, de dignidad superior. Sin embargo, los factores de orden natural, en orden a su necesidad y exigencia mutua, llevan también ventajas a los de orden sobrenatural mutua, llevan también ventajas a los de orden sobrenatural, en cuanto que aquéllos pueden existir sin éstos, mientras que éstos necesitan de aquéllos. En el pensador cristiano, la fe religiosa no obsta a la plena libertad de su empeño especulativo, en tanto se mueva con amor puro e irrestricto hacia la verdad. El aspecto sobrenatural, debidamente acentuado, contribuye a su vez a prestar inestimables beneficios al común edificio de la sabiduría humana, conciliando así, en plena armonía, dos dimensiones esenciales del espíritu humano. Toda escisión de ambos aspectos mutila al

Fundación Speiro

hombre y lo condena al fracaso de su vocación más profunda. Conclusión —y también principio o punto de partida— de un genuino filosofar como el que nos propone, a través de las líneas de su *Autorretrato,* el P. Emilio Silva.

ENRIQUE ZULETA PUCEIRO.

José Orlandis: LA IGLESIA EN LA ESPAÑA VISIGOTICA Y MEDIEVAL (*)

El presente volumen reúne temas de historia de la Iglesia en España durante las épocas visigótica y medieval. Trataré de resumir aquí lo más interesante de los once amenos capítulos de que consta el libro.

Capítulo I: *El cristianismo en la España visigótica.*

Antes de la llegada de los pueblos germánicos, la Iglesia española había dado ya pruebas de gran vitalidad: en el siglo IV se reunió el Concilio de Iliberis que impuso la continencia de los clérigos, resolución que se extendió a toda la Iglesia de Occidente. El concilio de Nicea, que condenó el arrianismo, asamblea presidida por Osio, obispo de Córdoba, "pujante personalidad que llenaría medio siglo de vida de la Iglesia universal". A finales del siglo IV surge el Priscilianismo condenado por el I Concilio de Toledo.

La población hispano-romana era en su gran mayoría católica, cuando los pueblos germánicos irrumpen a comienzos del siglo V en la Península. Estos pueblos, a excepción de los suevos, eran arrianos.

El arraigo del Arrianismo en los godos, cuando ya ha dejado de ser un problema teológico, no se debe a razones doctrinales, sino al hecho de ser un rasgo diferencial más frente al pueblo invadido, y un elemento fortalecedor de su personalidad nacional. Los visigodos quieren conservar las peculiaridades que mantenían viva la separación entre los pueblos —el dominado muy superior en número— y que eran garantía de su propia preeminencia. Por ello, más que de enfrentamientos religiosos habría que referirse a tensiones entre dos pueblos de razas diferentes.

(*) Ediciones Universidad de Navarra, S. A. Pamplona, 1976, 400 págs.

Fundación Speiro